

UNIVERSIDAD NACIONAL
DEL LITORAL

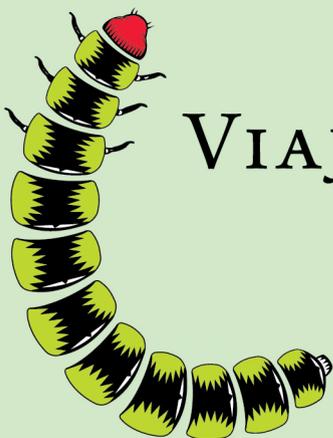
UNIVERSIDAD NACIONAL
DE ENTRE RÍOS



EDUARDO L. HOLMBERG



VIAJE A MISIONES



COLECCIÓN



~ EL PAÍS ~
DEL SAUCE

»» EDUNER ««

VIAJE A MISIONES

EDUARDO L. HOLMBERG



Introducción, cronología, bibliografía y notas

SANDRA GASPARINI

COLECCIÓN



~ EL PAÍS ~
DEL SAUCE

HOLMBERG, EDUARDO L. (1852-1937)

Viaje a Misiones / Eduardo L. Holmberg ;
prologado y comentado por Sandra Gasparini ;
coordinado por Guillermo Mondejar ;

1.^a ed. : 1.^a reimp.

Paraná : Universidad Nacional de Entre Ríos, UNER, 2012 ;

Santa Fe : Universidad Nacional del Litoral, UNL, 2012 ;

384 pp. ; 23 x 16 cm

(El país del sauce / Sergio Delgado; 1)

ISBN: 978-950-698-282-9

A860 1. Literatura Argentina. I. Gasparini, Sandra, prolog. y coment.
CDD II. Delgado, Sergio, dir. col. III. Mondejar, Guillermo, coord. IV. Título

Introducción, cronología, bibliografía y notas

SANDRA GASPARINI

Director de la colección *El país del sauce*

SERGIO DELGADO

Coordinador de edición

GUILLERMO MONDEJAR

Diseño: Manuel Siri

Corrección: Francisco Bitar

© EDUNER, 2016

© Sandra Gasparini

© Manuel Siri, ilustraciones de cubierta: *Isondú hembra y machos*, 2012

EDUNER, Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos

Córdoba 475 – E3100BXI – Paraná, Entre Ríos, Argentina

eduner@uner.edu.ar – www.eduner.uner.edu.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.

Editado e impreso en Argentina.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. <i>Sandra Gasparini</i>	xv
Viajeros y científicos: <i>Viaje a Misiones</i> [xvii] ~ Zonas: entre <i>archipiélagos flotantes</i> y <i>restingas</i> [xxi] ~ Para narrar la «misteriosa Misiones» [xxvi] ~ La ciencia en la literatura y la literatura en la ciencia [xxx] ~ La historia narrativizada y la «cuestión social» [xxxii] ~ Fascinación de viajero [xxxiv]	
NOTAS SOBRE ESTA EDICIÓN.....	xxxvii
VIAJE A MISIONES. <i>Eduardo L. Holmberg</i>	
Nota de remisión.....	3
Capítulo I. <i>Antecedentes del viaje a Misiones</i>	13
Viajes a las comarcas australes de la provincia de Buenos Aires. ~ Viaje al Paraná. ~ El gobernador Racedo y su ministro Laurencena. ~ El profesor Scalabrini. ~ Toribio J. Ortiz. ~ Juan Ambrosetti. ~ El Museo Provincial de Entre Ríos. ~ Fósiles terciarios. ~ Excursiones diarias. ~ Viaje a Santa Fe. ~ Peces de las Guayanas y del Amazonas en aguas argentinas. ~ Importancia de este hecho bajo el punto de vista de la hidrografía de Sudamérica.	
Capítulo II. <i>En el Chaco</i>	29
Salida para Misiones. ~ Un recuerdo de la expedición al Chaco en 1885. ~ En viaje. ~ C. Solari. ~ A. Pitaluga. ~ Varadura en San Nicolás. ~ Géneros	

de Neurópteros argentinos. ~ Llegada a Corrientes una hora después de la salida del *Posadas*. ~ Seguimos al Chaco. ~ El Chaco a media noche.

Capítulo III. <i>En el Chaco</i>	47
El arroyo Quiá. ~ Sus curvas. ~ Árboles derribados. ~ Aves. ~ Insectos. ~ Vegetación. ~ El Caburé o Rey de los Pajaritos. ~ Camalotes. ~ El Aguaráguazú. ~ De noche. ~ Mosquitos. ~ Camalotes y Luciérnagas. ~ Un árbol sepulcral.	
Capítulo IV. <i>En Corrientes</i>	69
Regreso a Corrientes. ~ La Isla del Cerrito y las rocas de la ribera. ~ El profesor Katzenstein. ~ Mal tiempo. ~ La Golondrina roja. ~ Un Caprimulgo. ~ Llegada de otros dos compañeros de viaje: Carlos Rodríguez Lubary y Enrique Rojas. ~ El pasmo. ~ Remedios caseros.	
Capítulo V. <i>En el Alto Paraná</i>	77
Salida de Corrientes en el vapor <i>Posadas</i> . ~ La obra del capitán Page. ~ El Alto Paraná. ~ Isletas. ~ El decreto de 11 de marzo de 1882, nombrando en comisión a los ingenieros Davidson, Parfitt y Bigi. ~ Llegada a Ituzaingó. ~ Las barrancas. ~ El pueblo.	
Capítulo VI. <i>A Misiones</i>	89
Salida de Ituzaingó. ~ La laguna Iberá. ~ Trayecto hasta Posadas. ~ La vegetación. ~ Las tierras coloradas. ~ Las primeras piedras. ~ Los tacurús. ~ Hormigas. ~ Hornos.	
Capítulo VII. <i>En Misiones</i>	107
Llegada a Posadas, capital del Territorio de Misiones. ~ Posadas. ~ El Gran Hotel San Martín. ~ Las casas. ~ El ladrillo. ~ Los pozos. ~ Guerdile y Curzio. ~ Francisco Fernández. ~ Los alrededores.	
Capítulo VIII. <i>En Misiones</i>	121
Las nupcias de una <i>Nephila</i> ; amor de colmillo. ~ La Ura; opiniones corrientes. ~ La Ura no es una Mariposa sino una Mosca del grupo de los Estridos. ~ La mancha. ~ El señor Rivera Indart. ~ Colecciones mineralógicas de las Altas Misiones. ~ El ámbar de Misiones y el tembetá. ~ El tambú.	

Capítulo IX. <i>En Misiones</i>	135
Bonpland. ~ Sus trabajos perdidos. ~ Meridiano de Bonpland. ~ La Victoria regia. ~ La siesta. ~ La vida en Posadas. ~ El Templo. ~ La banda del batallón. ~ El capitán Latorre. ~ Un poco de música.	
Capítulo X. <i>En Misiones</i>	145
Las restingas. ~ La laguna. ~ Tobas volcánicas. ~ El basalto. ~ Clorita. ~ Viridita. ~ Melafira. ~ Geodas del Iguazú. ~ La cal. ~ El hierro. ~ El cuarzo. ~ No hay caolín. ~ Arenas. ~ Arcillas.	
Capítulo XI. <i>Misiones, en dirección a Santa Ana</i>	155
Viaje en el vapor <i>Gambetta</i> . ~ El Ingenio de Puck y Fernández. ~ Cañaverales. ~ Trapiche. ~ La caña. ~ El bosque, su magnificencia. ~ Icipós. ~ Mina de cobre. ~ La tierra negra. ~ Las tierras negras. ~ Loros y maizales. ~ Llegada al Ingenio del coronel Roca.	
Capítulo XII. <i>Misiones</i>	167
El Ingenio del coronel Roca. ~ Cañaverales. ~ La fábrica de azúcar y aguardiente. ~ La caza del Carpincho. ~ El bosque. ~ Escasez de aves. ~ Jenes y mosquitos. ~ Mariposas y chinches. ~ Escarabajos. ~ Tarántulas y Euripelmas. ~ Un precioso Goniléptido.	
Capítulo XIII. <i>Misiones</i>	177
Un galope hasta Santa Ana. ~ La picada. ~ La Perdiz de monte. ~ La Martineta. ~ La Perdiz chica. ~ Morpho Achilles. ~ Morpho Epistrophis. ~ La Bandera argentina. ~ El número 80 y otros números.	
Capítulo XIV. <i>Misiones</i>	183
Peces del Alto Paraná. ~ Nuevos datos. ~ El <i>Leporinus Solarii</i> . ~ Abejas argentinas. ~ Escarabajos carniceros. ~ La Hormiga corrección. ~ El Aguaribay.	
Capítulo XV. <i>Misiones</i>	195
En viaje a Santa Ana. ~ Pedro Bascary. ~ El campo. ~ Contagio entomológico. ~ Las víboras. ~ El chucho. ~ La colonia. ~ La tierra. ~ Siempre el bosque. ~ Abundancia de mariposas. ~ Pececillos. ~ El cerro Santa	

Ana. ~ Apuntes objetivos sobre las ruinas de una misión jesuítica. ~
La Higuera salvaje. ~ Apuntes subjetivos.

Capítulo XVI. <i>Misiones</i>	211
Las Abejas sociales indígenas.	
Apéndice al capítulo XVI [234].	
Capítulo XVII. <i>Misiones</i>	243
Algunas notas sobre las Aves de Misiones. ~ Curioso canto de una de ellas, no reconocida aún. ~ Dos palabras sobre Reptiles y Peces y una sola sobre Salmones.	
Capítulo XVIII. <i>En Misiones</i>	261
Viaje a Loreto. ~ Quemazones. ~ Restos de cerámica. ~ El sombrero japonés. ~ Presuntos cambios bruscos de temperatura. ~ Los señores Echenique. ~ La uva en Misiones. ~ Los duraznos y la mosca que los ataca. ~ La miel de Mandasaya; su cera. ~ La yerba mate. ~ El monyolo o moncholo.	
Capítulo XIX. <i>Misiones</i>	271
Ascensión del cerro Santa Ana. ~ El paisaje. ~ Una Azucena. ~ Minas de Cobre. ~ La nota cómica. ~ El Tacuarembó. ~ Dificultades de la ascensión. ~ Las rocas. ~ Los Mirines. ~ La cumbre. ~ Naranjos. ~ No existe una laguna. ~ El Isondú, la más hermosa joya animada; su interés para el naturalista y para el químico.	
Capítulo XX. <i>En Misiones</i>	285
Un galope al Ingenio del coronel Roca. ~ Los indios cautivos. ~ La picada en las tinieblas. ~ Ramas cruzadas.	
Capítulo XXI. <i>En Misiones</i>	295
Preparativos de regreso. ~ Otra vez en marcha. ~ Una noche en el Ingenio de Fernández y Puck. ~ Viaje en canoa. ~ La Nutria carnicera. ~ Los carayás. ~ Itacuá. ~ En Posadas. ~ Villa Encarnación. ~ Su templo. ~ El presbítero Reghini. ~ El Jaborandi. ~ La Ipecacuanha.	

Capítulo XXII. <i>De Misiones a Buenos Aires</i>	305
El doctor Bertoni. ~ Regreso a Ituzaingó en bote. ~ Paso por el Salto de Apipé. ~ Sus rocas. ~ La navegación en el Alto Paraná. ~ Regreso a Corrientes. ~ Millot. ~ En Buenos Aires.	
Capítulo XXIII. <i>Recapitulación</i>	313
ANEXO. <i>Formación del Paraná y sus islas</i>	321
CRONOLOGÍA. <i>Por Sandra Gasparini</i>	327
BIBLIOGRAFÍA	333
Principales obras literarias y científicas del autor [333]	
Principales obras sobre el autor [334]	
NOTAS	337

CAPÍTULO I

Antecedentes del viaje a Misiones

VIAJES A LAS COMARCAS AUSTRALES DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES. ~ VIAJE AL PARANÁ. ~ EL GOBERNADOR RACEDO Y SU MINISTRO LAURENCENA. ~ EL PROFESOR SCALABRINI. ~ TORIBIO J. ORTIZ. ~ JUAN AMBROSETTI. ~ EL MUSEO PROVINCIAL DE ENTRE RÍOS. ~ FÓSILES TERCARIOS. ~ EXCURSIONES DIARIAS. ~ VIAJE A SANTA FE. ~ PECES DE LAS GUAYANAS Y DEL AMAZONAS EN AGUAS ARGENTINAS. ~ IMPORTANCIA DE ESTE HECHO BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA HIDROGRAFÍA DE SUDAMÉRICA.

«¡Oh! ¡Un viaje a Europa! ¡París! ¡Oh! ¡París!», he oído decir muchas veces.

En efecto, parece que hay allí una tentación.

Pero ¿podría comparar el placer de estar en París con la angustia de que un viajero o un naturalista me preguntara en la capital de Francia: «¿Y Misiones?, ¿qué es eso?, ¿qué hay de positivo respecto de esa tierra misteriosa?»?

En cualquier otra parte del mundo me atrevería a contestar: «no sé». En París, jamás.

Y ¿por qué? preguntará el lector.

Porque esa gran ciudad del Viejo Mundo es el vínculo que nos ata, a los que hablamos o escribimos bien o mal el idioma de Castilla, con los pueblos del Norte.

¿Y es esto una cosa tan grave?

Será o no será; mas ello andaba por ahí dando vueltas. ¿Personal? Puede ser.

Mi ideal no es un viaje a Europa; pero, una vez realizado ¿no será un verdadero placer el contestar: «¿Misiones?, aquí está.»?

Esta idea, que un lector perspicaz ampliará a su gusto, me preocupó alguna vez; mas no era determinante: fluctuaba como un velo muy transparente sobre un grupo de ideas bien perfiladas.

Poco a poco, empero, el giro que tomaban mis trabajos, el programa de actividad intelectual que elaboraba lentamente para mi vida y las exigencias de las investigaciones relacionadas con un plan definido me obligaron a proyectar un viaje a Misiones.

A fines de 1882 estaba resuelto.

Sin embargo, tenía que visitar también las Sierras del Tandil y de La Tinta, al sur de Buenos Aires.

Las circunstancias se encadenaron de tal modo que me decidí por el viaje a La Tinta.^a

Si un accidente inesperado detuvo mi tarea general, no por eso he pensado que lo haya sido definitivamente, mas, como quiera que sea, completé una parte del material que buscaba. Esto era a principios de 1883.

A mediados del mismo año resolví dedicar los meses de verano a la parte del Territorio de Misiones que pudiese recorrer. Entonces fue que solicité el concurso de la Academia y no recordaré aquí, por considerarlo superfluo, que en el acto se aceptó mi pedido. A fines del 83 tenía todo pronto para emprender mi viaje cuando el gobierno de la provincia de Buenos Aires me encomendó un estudio de la Sierra de Curá-malal. Pero, como el viaje a Misiones me parecía más urgente, como que los materiales que entonces necesitaba no podría hallarlos en dicha Sierra austral sino en el Territorio nombrado del norte, hice el viaje, manifestando al Ministerio competente que no podría emplear en la excursión sino muy pocos días y ellos, en verdad, bastaban y bastaron para el punto principal que se me había recomendado.^b

Pero en Curá-malal sucedió lo que más lejos estaba de mí. Apenas de regreso, la fiebre tifoidea, cuyo microbio habitaba sin duda las aguas

a. Este viaje, tercero a esa comarca, y los dos anteriores, han sido la fuente de la obra *Viajes al Tandil y a La Tinta*, Actas de la Academia de Ciencias de la República Argentina, t. v. (en publicación).⁶

b. El resultado fue un informe publicado así: *La Sierra de Curá-malal*, Buenos Aires, Imp. Pablo E. Coni, con mapa, láminas crom. y fig. interc., pp. IX, 83, 8º, 1884.

del sur, puso mi vida en peligro. Convaleciente aún, demacrado por la enfermedad, pero cuando ya empezaban a reponerse mis facultades, una de esas desgracias de familia que dejan una huella indeleble para toda la vida, sacudió la poca fuerza que había recuperado. Sin embargo, el deseo de cumplir con la Academia, ya que, de todos modos, lo mismo era entonces para mí un año que otro, me dio ánimo para ponerme en camino. El compromiso contraído por el hecho de haber recibido una pequeña cantidad para el viaje a Misiones podría haberlo eludido haciendo una devolución pero se me ocurría que no era éste el medio más oportuno, como que ello habría significado que, al renunciar a la cooperación de la Academia, renunciaba al cumplimiento de un compromiso contraído con ella, suprimiendo en tiempo una cantidad que pudo haber sido empleada por otro, quizá con más provecho para la Academia y para el país.

Entre tanto, terminaba febrero del 84 y sólo me quedaban pocos días libres. Ya que no podría emprender el viaje a Misiones, procuré dirigirme a otro punto del norte y, cuando consulté a la Comisión Directiva, ésta me contestó que fuera adonde quisiese, que la Academia no me señalaba itinerario y que bastaba a las exigencias de su reglamento que mi excursión fuera hecha dentro de los límites del territorio argentino.

Con fecha primero de marzo salí de Buenos Aires en el vapor *Río Uruguay* en dirección a la ciudad del Paraná. El viaje, en sí mismo, no ofreció nada de particular y la circunstancia de hallarme convaleciente de una enfermedad grave no me permitió emprender excursiones a puntos situados a cualquier distancia en que pudiese comprometer la exigua salud, ya sea por la intemperie, ya por las agitaciones mismas del trabajo.

Alojado en el hotel del puerto, lejos del bullicio de la ciudad y libre de sus inconvenientes, emprendí excursiones diarias, siguiendo casi siempre la costa, unas veces hacia arriba, otras hacia abajo.

En este viaje me acompañó como Ayudante un primo y amigo a quien estimo altamente y cuyos servicios, reconocidos en mi excursión a Curámalal, no se desmintieron en el Paraná. Me refiero a Carlos Rodríguez Lubary.

Apenas instalado en el hotel procuré visitar al ministro Laurencena,⁷ a quien me liga una amistad de largos años, y ahora pienso, como lo pensaba entonces, que si hubiera podido llevar excursiones por diversos puntos de la provincia de Entre Ríos se habrían puesto a mi disposición cualesquiera

elementos que hubiera necesitado, estando al alcance del Gobierno, lo que no afirmo solamente porque sea una opinión sino por los ofrecimientos del doctor Laurencena, que me reiteró el general Racedo, gobernador de la provincia.⁸

Y aquí no se trataba puramente de cumplimientos banales, de esos que con tanta frecuencia surgen como obstáculos en los viajes cuando se llevan ciertas cartas de recomendación que desean atender los que las reciben y que después sólo sirven como primer peldaño para alcanzar la más triste pérdida de tiempo. Nada de eso. Ni llevaba cartas de recomendación, ni tenía para qué llevarlas. De todos modos, era inútil pensar en excursiones largas.

Al día siguiente de llegar, manifesté al doctor Laurencena que deseaba conocer al profesor Scalabrini, cuyos interesantes descubrimientos, en los depósitos terciarios del Paraná, son hoy universalmente apreciados por las personas que se dedican a la Paleontología o que siguen sus progresos con interés.⁹

Un momento después nos dirigíamos al Museo, donde el doctor Laurencena me presentó al distinguido y apreciable orictófilo.¹⁰ Allí estaba también un joven, un niño casi, con excelentes disposiciones para el estudio de los fósiles y que, si no encuentra obstáculos en su camino, si los triunfos de la investigación y del descubrimiento no le marean, como a tantos jóvenes argentinos que llegaron un día a ofrecer legítimas promesas de un hermoso porvenir en las ciencias, en las letras o en las artes y se paralizaron, embriones vigorosos, por la tentación diabólica de la política, por el oropel de una primera victoria o por el cansancio al comenzar, seducidos por otros brillos más fastuosos pero menos duraderos que los que oculta el cerebro, será indudablemente una figura. Pero no se ha de marear. En su precoz seriedad se presiente el vigor de las responsabilidades que lo subjetivo crea. Toribio Ortiz¹¹ era, en 1884, Ayudante del Museo.^a Iniciado apenas en los difíciles secretos de la Osteología Comparada, reúne a su aplicación un golpe de vista firme y certero que sintetiza operaciones largas y penosas cuando de él se carece y que luego comprueba por un análisis tan prolijo en sí mismo como respetuoso por la ciencia.

a. Hoy es Director de la Sección Paleontológica del mismo Museo.

Me he detenido un momento en el Ayudante porque, si mi pronóstico se realiza, deberá contarse entre los mejores descubrimientos de Scalabrini, su hermano político, quien lo ha encaminado.

Scalabrini mismo no es «un hombre de ciencia» según sus propias palabras. No es esto decir que no lo sea, porque hay que averiguar qué es «un hombre de ciencia». Profesor de la Escuela Normal del Paraná, donde brilla por sus ideas liberales, no enseña la Filosofía de muchos filósofos que yo conozco ni procura que sus discípulos aprendan *bien* la lección y la repitan como loros. Expone los hechos positivos, los hechos palpables, los muestra desnudos, los viste, los combina, los somete al sentido común; y cuando todos los que tienen sentido común han llegado a conocerlos bien, procura arrancar de ellos las deducciones que ocultan, aplicándoles simplemente el buen sentido. Porque la Filosofía, para enseñarla, es muy difícil cosa si tales condiciones faltan.

Comenzar por enseñar lo que se considera de buen sentido sin los hechos, y exigir el sentido común sin el examen previo de ellos, es algo que todavía reina en los dominios del oficio filosófico.

Como profesor de Filosofía, y más que esto, como hombre de estudio y meditación, ha llegado a hacerse propia la idea de que toda enseñanza no basada en las adquisiciones intuitivas es vana y estéril. Muchos pedagogos piensan lo mismo pero, cuando llegan a ciertos puntos que pueden responsabilizarlos ante aquellos a quienes están subordinados o ante algún fantasma del misticismo, prefieren hacer estudiar la base de memoria y edificar sobre ella.

Con semejante método, pues, la Filosofía pierde sus oscuridades y se prepara así el triunfo de la Razón. Además de aplicarlo Scalabrini ha hecho otra cosa. Que tiene buenas lecturas, eso se comprende; pero, en vez de recitarlas, en vez de recorrer las librerías para buscar la última palabra de los filósofos ha recorrido algo mejor. Discípulo de Auguste Comte, de Littré, de Herbert Spencer, de Huxley, de Büchner... ha hallado un vasto campo en la Naturaleza misma y removiendo los yacimientos terciarios que parecen el corte de un libro en las barrancas sobre las cuales tiene asiento la capital de Entre Ríos, abre sus hojas en presencia de sus discípulos, les manifiesta los hechos, les argumenta con lo indiscutible, y los discípulos, llenos con el precioso caudal de lo indudable, pletóricos de verdad, sedientos de explicación, elaboran poco a poco sus castillos

filosóficos, cuyas puertas, apenas entornadas, dejan libre paso al insinuante buen sentido del profesor.

Pero no bastaba señalar los hechos. Era necesario reunirlos, conservarlos como documentos sin precio, librarlos de la inclemencia del tiempo y, más que del tiempo, de las importunidades de la ignorancia y de la estupidez simulada o real. Así comenzó a reunir los fósiles terciarios de la comarca; así se inició su colección paleontológica, una de las más ricas que hoy existen en la República Argentina. No fueron aquéllos acumulados, diagnosticados, restaurados, definidos, etiquetados, encajonados y publicados para que algún día pudieran servir para la enseñanza, ¡no!, primero fueron manifestados y explicados y cuando la enseñanza quedó terminada, entonces se conservaron.

Esto revela que Scalabrini no es «un hombre de ciencia» como lo quiere cierta superstición de nuestro país, que toma no sé a quién como arquetipo de los sabios, pero es un hombre muy útil.

Las colecciones reunidas por Scalabrini no tienen mérito solamente por la gran cantidad de especies y de géneros nuevos descubiertos sino también por la circunstancia de que han sido hallados en los mismos sitios en que por tanto tiempo han permanecido y escudriñado Darwin, D'Orbigny, Bravard y Burmeister.

Cuando visité el Museo tuve oportunidad de ver allí los restos principales de unas setenta especies de Vertebrados superiores, sin contar numerosos vestigios accesorios como escamas, vértebras, etc. de ciertos peces.

Pero he hablado de este Museo Provincial de Entre Ríos en el Paraná, el que, a mi juicio, dentro de una esfera limitada de observación publicable, constituye un timbre de honor para el gobierno de esa provincia, máxime si se tiene en cuenta la existencia de ciertas dificultades para su creación.

Cómo surgió la idea... esto hace poco al caso. Pero sí hace estotro. Cierta día anunciaron los diarios que el gobernador Racedo había vuelto a la capital muy satisfecho de una excursión llevada a cabo con el profesor Scalabrini, y otros agregaban que el gobernador y el profesor, con picos y palas y barretas y cuchillos, estaban desenterrando un magnífico fósil.

No se me ha ocurrido averiguar quién entusiasmó al general; pero es evidente que percibió con claridad la importancia de este género de

investigaciones con relación al desenvolvimiento de las ideas liberales, al progreso de la educación y, por lo mismo, al progreso positivo del país. Porque –y no pretendo ser el primero en decirlo– no basta tender vías férreas, abrir canales y facilitar el movimiento de la riqueza material, fomentándola con las tentaciones de que hoy dispone la industria para activar a pueblos dormidos. Se puede ser muy rico y ser un bárbaro. Ni basta tampoco saber leer y escribir para no ser un esclavo. La cantidad de sentimiento de independencia que se adquiere por la acumulación de fortuna intelectual, por el análisis de las conquistas mentales sucesivas, por el desarrollo del criterio en la creación de sumandos de libertad personal son hechos que se sobreponen a todas las ilusiones de una pedagogía pretenciosa, susceptible de dar un tumbó en presencia de una estadística cruda y severa que le demuestre para qué sirve el saber leer y escribir si no se sabe pensar; o, en otros términos, para qué sirve saber filosofía si se ha aprendido de memoria.

Pero el hecho es que el gobernador Racedo, hábilmente secundado por su ministro Laurencena, fundó el Museo del Paraná. Scalabrini fue nombrado director, Ortiz ayudante secretario, más dos o tres empleados subalternos.

No habiendo todavía local en qué instalarlo, el director lo estableció, por decirlo así, en... no sé cómo se llama, en una especie de aposento octogonal cerrado que había sido, no hacía mucho, reñidero de gallos.

Cuando lo visité, en marzo del 84, estaba lleno pero bien pronto pasaría a mejor local. Una vez terminada la nueva casa de la Legislatura, e instalada la Cámara en ella, el Museo ocuparía la vieja, la que lo había sido en tiempo de la Confederación.

¡Transmigraciones singulares! Un reñidero convertido en museo y este mismo museo trasportado a otro mejor. Porque hubo riñas en aquellos tiempos de la Confederación. Todos los argentinos lo sabemos de memoria. Pero ahora somos intuitivos.

Al día siguiente, el doctor Laurencena me invitó a visitar al general y comprendí que su entusiasmo no era una palabra compuesta de sílabas sino algo muy serio y que, por sus manifestaciones, se asemejaba bastante al que domina a los especialistas. Me hizo pasar al comedor adonde ordenó que se trajeran unos cajones que acababa de recibir. «Es una sorpresa que reservo para Scalabrini» me dijo. Entre los diversos fósiles que me

hizo ver, en su mayor parte piezas de grandes mamíferos, había uno muy interesante, incluido en su mayor parte entre un cemento bastante duro. Me pareció, por la porción descubierta, un Loricarino (vulg. Vieja del agua) que debía estar entero.

Sea como fuere, el Museo ha tenido últimamente un aumento valioso. Encargado de la Sección Zoológica un joven entrerriano, Juan Ambrosetti, éste ha regalado toda su colección, en la que, además de numerosos animales de distintos grupos, figuran muchas piezas preciosas, obra de los salvajes de Sudamérica, lo que inicia, por decirlo así, la colección etnológica.¹² Si el entusiasmo y la habilidad para coleccionar y obligar a ello son elementos para enriquecer un museo, no será por falta de ellos si Ambrosetti, otra perspectiva con veinte años, no consigue llenar bien pronto el salón o espacio que se le destine.

Entretanto, Ameghino ha publicado ya las descripciones de todos o de casi todos los mamíferos reunidos por Scalabrini en los depósitos fosilíferos del Paraná y como sus trabajos quedan incluidos en diversos tomos del *Boletín de la Academia* es inútil que haga mención de ellos.^a

Hallándonos en el Museo, el doctor Laurencena me preguntó si podría Ortiz serme útil como compañero de tareas y por mi afirmación fue invitado a ello, haciéndole notar aquél, de paso, que las excursiones que conmigo hiciera podrían servirle como de preparación, ya que nos ocuparíamos de reunir piezas que aún no figuraban en el programa del Museo pero que, más tarde, constituirían una parte de su cuadro.

Durante los días que permanecí en el Paraná Ortiz me ayudó eficazmente. Más tarde, hallándome de regreso, leí un suelto de un diario, transcripción de otro del Paraná, en el que se hacía mención de un Informe que Ortiz había pasado al director del Museo dándole cuenta

a. En su última publicación: *Contribuciones al conocimiento de los mamíferos fósiles de los terrenos terciarios antiguos del Paraná*, Memoria IV (*Boletín de la Academia Nacional de Ciencias*, tomo 1X, páginas 5-226, mayo de 1886), Ameghino ha dado, como Apéndice, página 217, una «Sinopsis de los mamíferos terciarios antiguos del Paraná hasta ahora conocidos», lo que eleva a 59 el número de géneros, con 82 especies.

[En las *Adiciones y Enmiendas* (desde ahora *AyE*) incorporadas al final del volumen de la edición original el autor agrega a esta nota el siguiente texto:] En los momentos en que este pliego se imprime se termina una obra de Ameghino que contiene las descripciones de todos los Mamíferos fósiles conocidos en nuestro país, citando también los actuales. Su título es *Mamíferos fósiles de la República Argentina* y es obra digna de la laboriosidad y talento de su autor. Ella representará ciertamente un paso de gigante en la Ciencia Nacional.

de la manera como había empleado su tiempo en las citadas pequeñas excursiones. Como en este trabajo incluyo todo el material reunido no tiene objeto la transcripción de dicho Informe que, por otra parte, no ha llegado a mi poder.

Como podrá observarse, esta obra de viaje no lo será de conjunto con relación a los productos naturales de las comarcas que he visitado sino una simple enumeración descriptiva, cuando el caso lo requiera, de los mismos, como así también de los que, en diversas ocasiones, han puesto otros coleccionistas a mi disposición y cuyos nombres, más de una vez repetidos, muestran bien claramente el interés que han tomado por esta clase de tarea. No quiero dar aquí tales nombres porque temería olvidar alguno; pero no sucederá tal cosa en el curso de la publicación, rogando a aquel que me haya enviado algún objeto, y no lo recuerde, que lo atribuya a simple olvido o descuido.

Pero vamos al caso.

No siendo un trabajo general debo, sin embargo, dar aquí las causas por las cuales no hago mención de muchas observaciones relacionadas con investigaciones excluidas de su seno.

Daré comienzo por la base.

Las barrancas sobre las cuales se extiende el área o ejido de la ciudad del Paraná, presentando sus cortes en casi toda la costa del río por la parte que corresponde a la provincia, y que lo encajonan en una extensión considerable de Corrientes también, han sido objeto de largos estudios de los cuatro célebres naturalistas cuyos nombres figuran juntos en página anterior y encierran no sólo para el geólogo sino también para el paleontólogo preciosas revelaciones de la vida terciaria en nuestro suelo, mientras que la sucesión de sus mantos enseña las curiosas alternativas por las cuales han pasado las superficies. He observado esas barrancas y he colectado algunos Moluscos fósiles en ellas; pero no tienen valor de novedad sistemática, como que todos los que se han ocupado del estudio de dichas barrancas han hecho mención de ellos. Los he conservado como simples piezas de colección. Nada nuevo tengo que decir respecto de tales mantos.

En cuanto a los Vertebrados, no había que pensar. Ya he dicho que Ameghino ha publicado diversos trabajos relativos a ellos y ahora sólo me resta agregar que también ha dedicado y dedica especial atención a los yacimientos mismos.

Quisiera decir dos palabras respecto de las plantas. En 1878 publicó el doctor Lorentz su obra *La vegetación del nordeste de la provincia de Entre Ríos* y, desde entonces hasta ahora, nada nuevo se ha agregado a la tarea del laborioso botánico, que una enfermedad traidora arrancó súbitamente a sus trabajos, a los amigos y al progreso científico del país. Hubiera deseado agregar algunas especies más a su lista enumerativa; pero dos inconvenientes se opusieron a ello: por una parte la época no muy favorable a las herborizaciones y, por otra, la *seca* que mantenía la vegetación en un estado tan triste como miserable. Ni una sola planta en flor vi que no estuviera citada por Lorentz como abundante en Entre Ríos y que, a la vez, no pudiera encontrarse en la ribera del Plata, cerca de Buenos Aires.

Debí, pues, concretarme a los animales. Y no tanto por las circunstancias anunciadas sino también porque las exigencias mayores de mis propios trabajos así lo requerían.

De los Vertebrados sólo dos grupos podían reclamar mi atención: las Aves y los Peces. Busqué las primeras y observé que eran en extremo escasas y, si hallaba algunas, cuando no se trataba de especies muy vulgares en toda la costa del Paraná eran citadas como tales por el doctor Burmeister en su *Systematische Uebersicht der Thiere des La Plata-Staaten*, en su obra *Reise durch die La Plata-Staaten* o, más aún, en la publicación del doctor Adolfo Doering: *Noticias ornitológicas de las regiones ribereñas de río Guyquiraró*,^a trabajo que publicó en la entrega III, tomo I, del *Periódico Zoológico* y fundado no sólo en sus propias investigaciones sino también en las del habilísimo ornitólogo Schulz, quien ha permanecido allí cerca de siete años. Renuncié a las Aves después de varias salidas infructuosas. No puedo dudar de que habría hallado muy buenas presas en los bañados, ya sea en la costa entrerriana, ya en la opuesta; pero ¿hubiera sido razonable tal ocupación, en tales sitios, convaleciendo de la fiebre tifoidea?

Pasé a los Peces. Llevaba conmigo una red de quince metros por dos. El Paraná estaba muy crecido y la corriente, allí, como siempre, era muy violenta. El doctor Laurencena me presentó al subprefecto marítimo,

a. Río que desagua en el Paraná y que separa las provincias de Entre Ríos y Corrientes.

quien tuvo la amabilidad de poner a mi disposición dos pequeñas embarcaciones debidamente tripuladas. Rodríguez y Ortiz me acompañaron en ésta como casi en todas las demás ocasiones. Después de muchos tiros infructuosos y que adquirirían más el carácter de tales porque los marineros no me entendían (y citaré el caso de una expresión mía incomprendible para ellos: *sepárense de la costa*, que recién al fin fue interpretada por *ábranse*, ¡como si se tratara de una orden imperial japonesa a un grupo de generales en desgracia!) resolví regresar, ¡sin que la red entregara otro secreto de las aguas que un cangrejo retardatario! Varios amigos, a quienes más tarde referí lo que me había pasado, me dijeron que la pesca allí era siempre muy difícil y que, si disponía de tiempo, lo mejor que podría hacer sería pasar a Santa Fe donde, en una laguna que desagua en el riacho, había unos vascos que fabricaban aceite de pescado y que echaban su red de más de cien metros cada dos o tres días, sacando innumerables ejemplares de todas clases. La verdad es que valía la pena no desperdiciar aquella ocasión.

Hice anunciar a Ortiz que al día siguiente me embarcaba para Santa Fe. El aviso no se dio, o se dio mal, y, al otro día, con mi compañero Rodríguez tomamos pasaje en el *Carry* y atravesamos oblicuamente el Paraná, esta maravilla de todos los ríos. Entramos en el riacho de Santa Fe y tuvimos la oportunidad de observar desde la cubierta los terrenos muy modernos, llenos de vegetación paludosa y de innumerables aves que no por ser comunes carecían de interés, entre otras el Capitá (de Azara),^a linda avecilla que destacaba entre los juncos, que blandía con su exiguo peso, la roja cabeza sobre el pecho blanco y dorso pardiplomo. Por vez primera la veía en libertad. Bandadas incalculables de Xantornos,^b Agelaios^c y Ambliramfos^d se alejaban del juncal una vez que el vapor se aproximaba; los Martín-pescadores (las tres especies) cruzaban de una a otra orilla; las Garzas y Garcetas, en tranquila contemplación, dejaban pasar sin sorpresa la inofensiva máquina y los Boyeros asomaban solitarios en la copa de algún árbol de la orilla. Las Palomas, menos confiadas, volaban en parejas

a. *Paroaria capitata* (D'Orb.), Bonap.

b. *Xanthornus pyrrhopterus* (Vieill.) Burm. (vulg., B. A., Boyerito).

c. *Agelaius thilius* (Molina) Bonap.

d. *Amblyramphus ruber* (L.) Bonap. (vulg. Blandengue, Federal).

mientras que, por todas partes, sacudían los Tiránidos^a sus alas inquietas, persiguiendo los mosquitos y frigánidos.

Cuando llegamos a Santa Fe, pronto supimos que los vascos de la laguna «ya no tenían pescado que sacar porque lo habían agotado» y que en busca de mayor abundancia se habían establecido nueve leguas más arriba. ¡Nueve leguas! Esto no era nada como distancia; pero tenía que recorrerlas en carruaje o a caballo llevando los tarros, el alcohol, etc., etc. Y después, disponiendo de poco tiempo, ¿tenía la seguridad de que los vascos echaran sus redes mientras estuviera yo entre ellos? En otras circunstancias aquello habría sido un paso, ¡pero en la actual! La reflexión maduró en flor o, más bien, la resolución fue instantánea: regresar al Paraná. Las pocas horas que el *Carry* debía permanecer en Santa Fe no fueron perdidas. Nos dedicamos a coleccionar insectos y otros articulados, consiguiendo algunas especies tanto más valiosas cuanto que algunas eran nuevas y otras eran, también, de nuevos géneros, sin contar las que, por vez primera, se habrían de citar de aquella localidad, o que, no siendo nuevas, bajo ningún aspecto científico lo eran para nuestra colección.

A la tarde llegamos al Paraná y abandoné la idea relativa a los Peces hasta alcanzar oportunidades mejores.

Al hacer estas indicaciones de carácter negativo, no se crea que me hallo impulsado por el deseo de inducir a pensar en inconvenientes insuperables ni que envuelvan sátiras como las de Mark Twain en su ascensión al Riffelberg. No pretendía someter ningún barómetro, ningún termómetro, ningún guía al perfeccionamiento y *accuracy*¹³ que determina la ebullición. Deseaba simplemente dar mayor campo a mis pesquisas pero no eludir las principales. En mi viaje al Paraná, como en mi viaje al Tandil, hallaba perfectamente natural que los argentinos de allí, como los de aquí, llamaran al fuego *fuego* y al buque *buque*; que se proveyeran en el mercado y que fueran los boticarios los que despachaban las recetas de los médicos y no los escribanos. Estas sorpresas no puede tenerlas ni gozarlas un argentino, que se encuentra tan preparado para comer un loco o una carbonada como *une milanaise* o *une croquette à la Pompadour*, o beber un

a. A este grupo pertenecen los Benteveos, Tijeretas, etc.

jarro de aloja o de guarapo lo mismo que si fuera una copa de Champagne o de buen Rhin. Estas maravillas quedan para las golondrinas exóticas que nos *descubren* en nuestras tolderías de estilo corintio o en nuestros *wigwams* tipo Renacimiento.

Nada de esto, máxime tratándose de un grupo tan interesante como el de los Peces. Lo consigno, empero, porque si bien es cierto que iba preparado para coleccionarlos no lo iba para hallar tantas dificultades. Mi interés al respecto fue mayormente despertado por haber visto, en poder de un farmacéutico, una pieza de gran valor, cual era un ejemplar de la *Loricaria cataphracta*, una «Vieja del agua» con el radio caudal superior prolongado más allá que la propia longitud del cuerpo del animal. Este espécimen, pescado en el Paraná, allí mismo, tenía para mí algo más que el valor de su presencia en nuestra fauna como una de tantas especies. Pero es que, según el autor por el cual lo determiné entonces,^a era originario de Cayena. Ahora bien: un pez de las Guayanas en aguas argentinas significaba la vinculación hidrográfica de aquéllas con éstas. No conocía entonces las palabras de Castelnau:

Bajo el punto de vista de la distribución geográfica debo decir que, en general, todos los Peces de la cuenca del Amazonas me parecen diferir específicamente de los de las aguas del Plata, lo que confirma la idea que he emitido desde ha largo tiempo, que todas las veces que los individuos de una especie de animales se encuentran completamente privados de comunicación con otros de la misma especie, tienden a modificarse aun cuando se les suponga descendientes de un tipo único y primitivo. Estoy bien persuadido de que inmediatamente que se establezca una comunicación artificial entre aquellos dos vastos estuarios, las especies cambiarán bajo muchos aspectos y que se verán aparecer, en el Paraná y en Buenos Aires, peces que hasta entonces eran extraños a esas regiones (p. IV).^b

Mas, de cualquier modo, si bien nada ofrece de particular que haya ciertas Aves comunes a ambas Américas no deja de ser curioso que haya los mismos

a. Giebel.

b. Francis de Castelnau, *Animaux nouveaux ou rares recueillis pendant l'expédition dans les parties centrales de l'Amérique du Sud*, Paris, 1855.

Peces de agua dulce aqueude y allende el Amazonas, cuando las cabeceras de sus ríos no se han señalado unidas.

Puede, empero, suponerse un centro común a la dispersión en lagos andinos derramando sus especies con el desbordamiento o atribuyéndolo a crecientes de Xarayes, enviando unos individuos al Amazonas y otros al Plata; entre tanto, ya que nuestra ignorancia de la hidrografía americana es tan grande, la *Loricaria cataphracta* es una fuente de investigación tan importante como llena de interés y que, considerada a través de las palabras de Castelnau, levanta un nuevo campo de fructíferas pesquisas.^a

En los alrededores de la ciudad del Paraná he tenido más de un motivo de sorpresa agradable.

No era solamente la contemplación del hermoso paisaje, cuando a la hora del crepúsculo, después de un día sofocante, dirigía la vista a las barrancas destacando los caprichos de las grietas o trozos columnares separados y cubiertos con su baño de arcilla levigada; no era el continuo paso de las velas en el ancho río o el ruido de los vapores al sacudir sus aguas ni el espectáculo de los mantos vetustos con sus generaciones de mariscos sepultados en la sucesión de los tiempos; no era esto solamente (aunque confieso que en más de una ocasión tales cuadros me fueron gratos) lo que más contribuía a despertar mi actividad para las pesquisas. Apenas entregado por completo a los Invertebrados, tuve ocasión de observar formas que antes interesaban poco mi atención. Entre los alguaciles, por ejemplo, se hacía notable la *Uracis quadra*^b por su abundancia y el hecho de comparar su predominio en aquellos lugares con su escasez relativa en Buenos Aires, donde la sustituye con ventaja la *Æschna bonariensis*,^c me hizo recordar que los Libelúlidos han sido bastante descuidados en las investigaciones llevadas a cabo en nuestro país. Tendré oportunidad

a. Al año siguiente, Solari pescó en el río Paraguay, al pie de Formosa, la *Lepidosiren paradoxa*. Natterer, que le dio nombre, la tenía del Amazonas y Castelnau cita la suya, que los autores, entre ellos Günther (*Catalogue of Fishes*, etc.) consideran idéntica y la hacen sinónimo del Ucayale, afluente del Amazonas. El animal argentino es pequeño pues no alcanza a un decímetro, lo que lo aleja de la corpulencia de la *L. paradoxa*; pero, a falta de tipos, me he visto obligado a considerar mi ejemplar como de la misma especie por corresponderle bien las descripciones. Hace tiempo que no me ocupo de Peces, por lo cual no puedo señalar otros que sin duda han enumerado Günther del Museo Británico y Steindachner del de Viena.

b. Rambur, M. P. *Histoire naturelle des insectes. Névroptères (Suites à Buffon)*, Paris, 1842, p. 31.
c. Id. *Æ. bonariensis*, Ramb. ♂ = *Æ. proxima*? Ramb. ♀, *op. cit.*

de observar, en el curso de este trabajo, que he procurado remediar el olvido, no diré durante mi viaje al Paraná pero sí en mis investigaciones ulteriores, por ejemplo en Misiones y en el Chaco (1886), como se verá también en otros trabajos. De los otros grupos de insectos he reunido algunas piezas de valor. Recordaré por ejemplo, entre las Abejas, un *Anthidium*, para el cual, como para otras especies argentinas, he fundado el género *Anthodioctes*; una Nomadina muy bonita, la *Melectoides senex* de Taschenberg^a y otros Ápidos, entre los cuales figuran la *Anthophora paranensis*, n. sp., y su parásito *Cælixys coloboptyche*, la primera notable por un extraño peine del clípeo y la segunda por el extremo superior del abdomen truncado y peludo. De los otros Himenópteros puedo citar algunos Crabronidos, también nuevos, muy pocos Esfépidos y casi nada en Escólididos, Bembécidos y Mutílidos, compensando esta escasez, en cambio, numerosas especies de Avispas (Véspidos). Entre los restantes hay algunas chinches de interés, mariposas muy comunes y poca cosa de lo demás. Los Arácnidos eran escasos y los que quizá deben recordarse entre ellos son algunas hábiles tejedoras que se describirán en su lugar respectivo. Los otros grupos no merecen mencionarse.

Para el lector ajeno a nuestras costumbres argentinas debo recordar que, en general, la ciudad del Paraná se encuentra bajo un pie de desarrollo a la europea y que cada uno, según su caudal, encontrará lo que precise.

Allí se hacen observaciones meteorológicas regulares; existen registros civiles que se publican y las memorias oficiales que se dan a luz anualmente contienen el material que en tales obras se incluye. La ciudad tiene latitud y longitud como otras ciudades de ambos continentes; y si no hay error de minutos y aun de grados, como sucede a veces, es probable que un geógrafo tenga poco que hacer allí.

Bajo el imperio de estas convicciones, bajo la presión del plazo que me había marcado, y después de despedirme de mis antiguos y nuevos amigos

a. Es probable que esta especie fuera descubierta en 1858 por el doctor Burmeister durante su permanencia en el Paraná, de donde la cita el doctor Taschenberg en su reciente trabajo de 1883: *Die Gattungen der Bienen*, en el cual figura como género nuevo, así como la especie. Y es curioso que sea el único género nuevo que cita, así como induce a suponer que fuera el doctor Burmeister quien cazara los ejemplares el hecho de que se encuentren en el Museo de la Universidad de Halle, donde el ilustre sabio dejó sus colecciones para venir a Buenos Aires a hacerse cargo del Museo en 1861.

y conocidos, regresé a Buenos Aires, donde pude entregarme al estudio y preparación de los materiales reunidos, estudio que ahora incluyo en este informe general (*Segunda parte*).



Antes de pasar a otro punto, leo cuanto he escrito hace un año y, si bien encuentro algunas observaciones que podrían ser más breves o figurar con más eficacia en una obra de otro carácter, pienso a la vez que tendré que ocuparme en tantos casos de las costumbres de una araña, de una garrapata o de un gorgojo, con la confianza de que mis observaciones serán tanto más aceptables cuanto más prolijas, que prefiero dejar todo como está antes de quitarle el sello que lleva, máxime si se piensa que, desde entonces hasta ahora, no he cambiado de idea.